

Hijo de la Revolución

daniel bernardo grimberg

Image not found.

Capítulo 1

Hijo de la Revolución (por Daniel Bernardo Grimberg)

De acuerdo a lo que se dijo en las maravillosas jornadas que siguieron a ese bien hilvanado desastre, se recordó especialmente a los ojos llorosos de Carlos Quirán y a sus muecas que festejaron lo horrendo que le sucedería. Había padecido en la linealidad de su historia a una dispersión relevante, pero tuvo la satisfacción de defender al pasado que nunca se modificaría. Comprendió al quid de esa cuestión cuando la sombra de la muerte se había prendido en su cabeza, durante el último paseo que hizo por las bajas superficies lindantes con el gran muro que mira al imponente cerro verde que recién termina en las aguas.

Después de la brevedad del encendido discurso que lo condenó a algo peor que al ostracismo (y cuya contundencia era capaz de acabar con cualquier enfermedad moral), el hombre efectuó una fatigosa admonición en la que dedujo que la paz general era muy superior a lo que le estaba pasando. Y que como todo el mundo sabía, lo que tenía las tintes de ser verdadero a menudo se cancelaba o se convertía en una fábula. Quirán quiso que se lleve a cabo aquello que denominó su redención, sin el afán de perseverar con bagatelas, y sintió un ocasional alivios al ver como los demás lo seguían con imperativas miradas mientras dejaba de expeler otros desasosiegos. Estaba ahí, presente, ya no era un espectro que se movía entre bastidores, y no disimuló ni justificó lo pernicioso que había sido su comportamiento.

Resultó muy satisfactoria la difusión brindada por ese escándalo que se articuló en forma preventiva dentro de los felices contornos del país. Fue una estudiada representación de lo que se debía entender como el Mal, más que el marcado fracaso de una infatuada obra. Porque había que realzar en forma sentida y sin que hubiera dudas, al daño que le había hecho a la república pese a que su personalidad histórica había sido muy potente. Carlos Quirán había sido un infatigable revolucionario, aunque en posteriores encuentros ejecutivos tuvo ponzoñosas predisposiciones a reñir y a aventurarse por argumentos llenos de vaguedad.

Por un cuantioso período se le había permitido respirar el aire, oxigenar sus pulmones, porque todavía no pretendió anquilosar las instituciones del pueblo. Hasta que, mediando estas épocas, con vocablos poco fiables (que no fueron meras displicencias) dictaminó el jactancioso curso que debían

tomar las cosas, afilando a sus intervenciones en las técnicas de la crítica. El hombre había comenzado siendo laborioso, pero concluyó en el caos que le proveyó como premio a un sonado desdén, y una inclemente observación del Comandante a quien con hacer una sola declaración le bastaba para enredar a los infames en los abismos.

Porque Quirán hizo trabajos huecos de corte irracional, fusionando a lo genial de la revolución con una considerable extensión de patrañas. Aceptó los falsos elogios llenos de adulación de parte de los contrarios, sin tener en cuenta la desgracia que acarrea el entrar en sus terribles y advenedizas áreas.

El punto es que nuestra sociedad jamás olvidará los beneficios entregados por Tiberio Tigras, quien se situó en un estrado incomparable de la historia al decir que el campesinado tenía una importancia crucial y los hombres eran apenas asteriscos en las oraciones a los que había que leer como libros abiertos. Su propósito era que nadie jamás se burle de las homéricas fechas, ni quisiera recibir las pecaminosas herencias del capitalismo.

El gran Tigras procedía sin esfumar sus tiempos con absurdas deliberaciones, siguiendo al procedimiento básico que surgía de su sano arbitrio. Y no le era fácil perdonar... prefería lanzar objetivas maldiciones sobre sus pérfidos enemigos. Además, no había uno al que le concediera con liberalidad a un aplauso, y esto no se debía que era parco con las palabras (que servían para educar a la gente), sino a que creía indigno no ser el más imparcial de todos, o que por guardar buenos modales no exaltase a los elevados valores de la revolución.

Nadie negará que siempre hubo una enorme homogeneidad con respeto a sus mandatos, y que, si alguna persona se hacía la distraída con respecto a esas consagradas mecánicas, debía ser rápidamente intimada por los teóricos de la realidad. Por eso, aparecía de vez en cuando con sus temibles plegarias, vistiendo un uniforme que lucía tan immaculado como su revolucionaria trayectoria. El hombre se erguía excluyente y victorioso, con los labios temblando de emoción o retorciéndose en coléricos brotes.

Tiberio Tigras conciliaba los tiempos de sus discursos con determinadas ingestiones de medicinas prescritas; sus secretarios le acercaban frasquitos rojos y azules que no lo amenazaban, pero lo arrinconaban en un costado donde extraía un número de píldoras que tragaba con un vaso de agua. Siendo un tanto mayor se había puesto físicamente algo frágil, aunque la mera mención de su nombre seguía originando curiosos estremecimientos en los brazos y piernas de aquellos que no deseaban la suerte de verlo en persona.

Ese transcendental sabio de continuo hacía rabiosas exhortaciones a continuar la marcha, a no desfallecer frente a las responsabilidades

asumidas, y a que nadie creyera que obtendría brillo por ser contestatario. Su imagen formaba parte de la respetuosa cotidianeidad, de los "buenos días" que a partir del amanecer se hundían en las gargantas de los vecinos.

La ciudadanía experimentaba espontáneas suspensiones de las perplejidades, cuando un jerarca trazaba una ancha solución de los problemas de acuerdo a los postulados que con su intelecto privilegiado había delineado Tiberio Tigras. Para entender no había que someterse a los vuelos negros de aves de malos augurios, sino a sus convencimientos serios que no eran rumores, sino que se imprimían completos en los libros oficiales (para leerlos era suficiente con musitar a viva voz en el mostrador de una biblioteca). Nunca hubo rodeos en sus instrucciones que indagaban apriorísticamente la totalidad de los aspectos de una cuestión, ni en sus empujadas invitaciones a ir por las direcciones verdaderas.

No existió en sus discursos algo que no se refiriera a la condición orgánica de la sociedad. El Comandante Tiberio Tigras no ofrecía a los pobres y menesterosos dentro de las filas del pueblo, al mítico reino del unicornio azul, sino al modelo que impartía el Partido (del cual el hombre de bien extraía su filiación), junto a los informes que se alejaban de meras quimeras, ya que con sus letras menudas introducían a programados y sesudos análisis. Con eso solo (esto lo había dejado en claro) se vencía a la esterilidad y a aquello que acarrearía el escepticismo.

La estatura de Tigras era impresionante, su fortuna superlativa, y frente a estruendosas audiencias se preguntaba si los legisladores habían entendido sus designios, si celebraban por medio del arte de la palabra a la preciada Revolución, si habían sido capaces, por al menos una temporada, de roturar a los campos teniendo a la magna empresa social como fondo, y si fijaron en sus mentes las interpretaciones correctas con la idea que lo esencial ya no fuera parodiado.

Porque cualquier lectura de los acontecimientos procedía de él, y sólo había que diferenciar a sus gestos radiantes de los que eran un tanto tenues, si se pretendía hallar entre las tanteadas especulaciones a la que era certera, e individualizar aquello sobre lo que no convenía hacer por uno mismo balances, porque arrojarían cifras negativas.

En Tigras se concentraba la gloria y la eminencia, puesto que había dotado al pueblo con la estabilidad revolucionaria; era el gran mariscal que lo había sacado del pasado para llevarlo a las ciclópeas promesas del futuro. En él se encarnaba el inconmensurable choque contra el Imperio, la Insurrección, y ¡cómo no!, el Cambio que jamás sería postergado.

Resolvía los problemas colectivos sin hacer vanas expediciones dialécticas, o experimentos que no conducían a ningún lado. Escribía los prólogos de los libros sensatos, ya que reconocía la importancia que subyacía en las

prosas libres pero monitoreadas. Desde su origen había construido a la Revolución con un irrefrenable pragmatismo bastante similar del que hacen uso las estrellas cuando se presentan a horario en el cielo. Y hacía la última valoración de los hechos como el auténtico defensor del proletariado que era.

Sin él, nada se montaría de la historia, que apenas sería repetitivas concatenaciones impelidas con palideces y sin entregas ni corajes, o una programada transición hacia nuevas mentiras, después de que el mundo fuera despertado por los rutinarios alborozos con que cacarean los gallos.

En algunas de las agraciadas vicisitudes que agitaron los inicios del gran viraje revolucionario, había estado como hombre de honor el resplandeciente Carlos Quirán, quien en la selva atravesó los mismos venturosos hitos de Tiberio Tigras, aunque mantuvo criterios dispares.

Se abocó a arbitrajes que multiplicaron los malentendidos, pero como era valiente y peleador, se le dio el mandato de que siguiera adelante y que simplificara los asuntos sin hacer vanos compendios escatológicos. El hombre tenía un especial conocimiento de la zona, y comprendía a los enigmáticos retruécanos de los lugareños con el objeto de introducir a la tropa en una guerra colmada con publicitadas maravillas.

Para subyugar a los regulares no había que entregarse a reyertas, ni cometer errores calificados únicamente por las pasiones del momento. Así, enfundados en una buena cantidad de loables proclamas, en esos primeros trazados Tigras y Quirán se ignoraron el uno al otro. A lo sumo se interpelaban con la cualidad de aquellos que no tenían prisa en tratarse personalmente; ambos entendían que no valía la pena añadir distingos cuando lo que era menester consistía en unificar a los que se declaraban a favor de la revolución. Tenían tendencias políticas disimiles, pero no se habían equivocado en evitar aversiones con la claridad conceptual que después se ambientarían sin problemas por las doradas épocas de paz.

Desde esos tiempos lejanos, Quirán coloreaba las cosas para emerger como un potencial líder. Expelía a ese proyectado estatus en sus sinuosas sonrisas, y se hacía pasar por alguien lleno de cortesías, franquezas, y notable camaradería. Sin embargo, su imposibilidad de ascender lo convirtió en un contendiente atemporal; durante los acertados mojones recorridos por el gobierno popular fue secretamente despreciado por los que se trabaron en el círculo del poder. A sus esfuerzos por ser tenido en cuenta, se los tomó como divagaciones divertidas, y sus desperdigadas invocaciones tuvieron una duración muy cercana a la que toma el olvidar los sueños en los primeros minutos del día. A sus equivocadas aspiraciones se las apreció como retóricas falsas o directamente como

tomaduras de pelo.

Separado del gobierno, se hizo pasar por un devoto que se había ilusionado con la senda de la revolución. Y décadas más tarde pidió que se pusiera el foco en la economía, y hasta se dispuso a dar lecciones prácticas de cómo manejar al país.

Pronto, los sorprendentes detalles de sus propuestas despertaron un perturbador interés; había dado vueltas con síntesis negativas, y escribiendo textos que nunca fueron avalados, pero demostraban que conseguía una información preliminar que sólo podía ser abastecida por agentes del imperialismo (estos procuraban perjudicar a la nación a través de retorcidas presunciones con las que sacaban las cosas fuera del contexto).

Carlos Quirán no había entendido que la única lucha indispensable era contra el Imperio, y lo demás era materia secundaria, por lo que no había qué alumbrar temas espinosos, ni hacer manifestaciones despreocupadas acerca de lo que debía permanecer dentro de los irreductibles acervos de la oscuridad. El hombre había reaparecido en la escena política con la rara convicción de que era plausible comparar a sus desviados pensamientos con los que tenían una honda implicancia social, y eran los únicos necesarios. De pronto y de la nada, se desperezó con una espeluznante voluntad de causar tumultos.

Treinta años después de las guerrillas, surgieron penosas zozobras a partir de un mal debate en el que Quirán cruzó al prohibido tranco de un puente ideológico. Había pedido que se hicieran controvertibles restituciones, retratando de esa forma al carácter personal y espurio de sus motivaciones. Instantáneamente se había convertido en un fanático enemigo del progreso de los pueblos, si se toma como base la revelación que el mismo Tiberio Tigras manifestó a la Asamblea Nacional, cuyo colectivo quedó pasmado al ver cuán complejo se había puesto el panorama.

Hubo silenciosas imprecaciones mientras los hombres lanzaban las grotescas sombras de sus cabezas a los suelos. No tardó mucho en que alguien hiciera una contenciosa y amplia alocución, en la que se repasó como durante décadas el descredito fue machando la leyenda que se había construido sobre la figura de Quirán. Eso derivó en una previsible sucesión de testimonios. ¡Ese hombre había reunido los taimados dilemas de un contrarrevolucionario que multiplicaba las críticas al Sistema debido a su determinación de instaurar una rebelión tan visible como una cartografía escolar! Era como si llamara a salteadores y bandidos a proceder a discreción. Y en una de esas sabias mañanas o anocheceres, se estableció que Carlos Quirán hacia cotejos políticos que poseían

efectivos correlatos con la traición.

Esto tan dramático fue comunicado por el mismísimo Tigras, pero no cómo si se lo pudiera oír a kilómetros de distancia, sino con un reducido alcance sonoro que únicamente llegó a los oídos de quienes eran dignos de su absoluta confianza y lo reverenciaban sin bizarrías, es decir, los miembros de la Asamblea Nacional que estaban autorizados a examinar lo principal, y a reajustar lo que, de no ser sometido a su intermediación, se convertiría en una apremiante serie de cuentos.

Ahora, gracias a las inspecciones del Comandante, localizaron a un agente del enemigo que ululaba sin miedos porque suponía que había pasado la época de los susurros. Este se mezclaba con la multitud y hacía oír su opinión, por lo que el estofado estaba en la olla esperando ser servido.

En esa instancia fue cuando se edificó al muro que separó a Quirán del pueblo, e hizo que, de acuerdo a entendibles barruntos, se lo inculcase por encubiertas represiones que hizo el ejército. Ya que no había que separar al humo del fuego: aquel que promovió con peripecias dialécticas a escogidos desmanes, era el culpable de la sangrienta represión que se produjo como un desenlace obligado. *

*[Sin embargo, esa acusación general nunca se ponderó en las negras tintas de las actas de las sesiones del juicio, por lo que apenas se constituyó en un rumor instalado de acuerdo a las condiciones establecidas para ese género de noticias, y la Justicia nunca actuaría como el baluarte de la sociedad frente a algo tan precario]

La empresa del gobierno siempre fue suprimir las faltas, y sobre todo no hacerlas visibles, y los tiempos debían atarse a las sintaxis propuestas por Tiberio Tigras. Su portentosa personalidad escrutinadora, tenía la increíble potestad de ver las cosas aún con los ojos cerrados. Porque dentro de sus discursos de estilo dogmático, también surgía de la nada, a lo contrario, que asimismo se sumaba a las cuestiones que eran analizadas por la Asamblea Nacional.

A esta se recurría con el propósito de ajustar la historia a lo sentimental que convino la Revolución, y no era que se anquilosaba a lo antiquísimo, sino que se daba lugar a las predicadas prevenciones que conllevaban el beneficio de adelantarse a cualquier meollo sucio e impugnador que, de no ser cercenado a tiempo terminaría estrujando al tejido social.

Dentro de las amuralladas salas de esa tradicional institución resplandecía en forma constante las brillantes intuiciones de Tigras, que era ensalzado por su incuestionable ambición de proteger a los pobres. Él jamás se había acostado a dormir al sol, según declaró en una radiante alocución que hasta el dichoso presente conserva su impacto. Y establecía efectivas sanciones para lo que amenazaba a las entidades del Estado, dentro de

una forma de representación democrática casi artesanal, en la que quien sustentaba el poder era el anónimo individuo cuya presencia no era consentida, pero a quien se lo evocaba fielmente.

El Comandante acostumbraba dar vastos ejemplos de lo impensable, lo nulo, lo que velozmente se transformaría en un factor de oposición que negaba el libre desarrollo del pueblo (lo equívoco que los osados tergiversadores aseveran que parte de la buena fe). Por lo que advertía que quedarse inmóvil era una tendencia que destruía al movimiento. A esa paradoja la planteaba de cara a las tribunas, con la intención de que sus despiertas audiencias refutaran rasantemente a la preanunciada adversidad lanzando sus lamentos a grito pelado. Los hombres y las mujeres se mostraban atormentados y para nada ingenuos ante las infames perspectivas de agresión.

En los doce meses del año se abrían al menos cinco sesiones en la Asamblea con el objetivo de llevar a buen término al virtuoso pensamiento de Tigras. Se percibía preocupación por el paso del tiempo, y que la muerte (que asedia a todo el mundo) cayera sobre el gran líder cuya estratégica visión aún no había sido completamente consignada (esta había sido condensada con primorosa imparcialidad a grabaciones y escritos sellados).

Una vez que se comunicaba con quienes presidían las reuniones, Tigras afianzaba su nalga en un mullido sillón y dejaba que su apabullante reputación guiase a los legisladores. Estando al frente, optaba a que estos, se responsabilizaran como los auténticos forjadores de los tramados legales. Ellos reñían para ver quién lo complacía mejor y así considerarse el mayor de sus discípulos. Por supuesto que no había uno solo que presentase alguna noción misteriosa, inquietante, o perturbadora, por el contrario, hacían fulminantes alusiones a textos doctrinarios, y a pautas que había que insertar en la inmediata memoria con la idea de purificar los hábitos intelectuales, que sin tomar esa prudente medida corrían el riesgo de momificarse.

Las propuestas del Comandante eran sostenidas como propias por cada honorable diputado, quien entendía que llenando sus puños con esas expresiones estaba construyendo al progreso. Y no imponía en su rostro solemnes ademanes, por el contrario, lo mostraba brioso cuando con un relampagueado ardor seguía el tren del pensamiento de Tigras. Captar y reproducir a su inusitado genio exigía contar con conocimientos importantes de lo real e hipotético, y no cualquiera aprendía sin dificultades cuál era su concepción pragmática.

Dentro de lo propicio de ese marco, Tigras hablaba al principio de las sesiones y enlazaba a los sucesos corrientes con adagios filosóficos de espesores extraordinarios (aunque a menudo declaraba que su vehemente amor por los pobres no era una mera solicitud filosófica, ni se

enclaustraba n un hermético edificio con barrotes en las ventanas). Su proyecto consistía en unir vibrantes normas de hierro con la dispersión de la población, y hacer marchar a sus diferentes estratos por un rumbo inalterable. Después, se permitía sacar a la luz a disyuntivas horribles, pero con reflexión mandaba a que nadie se hundiera en un pesimismo extremo. No ocurrirían mayores peligros si los ciudadanos se subordinaban a la disciplina revolucionaria, y absorbían los principios que se esmeraba en describir con sencillez.

Carlos Quirán, sitiado por sus imperfecciones, tuvo que explicar cuáles eran sus estrategias abigarradas con caprichos, frente a los recios silencios de quienes ya no lo daban patrocinio dentro del inexpugnable recinto de la Asamblea Nacional.

Entró solitario por el amplio pórtico, con una imagen de sí mismo un tanto infatuada y el propósito de ser primordial en su defensa. Desapacibles milicias noctámbulas lo habían arrastrado de sus sueños, sacándolo de su cama a porrazos para transportarlo a un centro de detención. De golpe le fue creada una situación inopinada que rompía con cualquier esquema de moderación, pero no se dejaría vencer por eso tan fuera de lugar: No tardarían en desasociarlo de extrañas coyunturas porque se comprobaría que estaba limpio; les haría ver que no existían los problemas con que se desvelaban, y que sólo había toqueteado a un puñado de respuestas para mejorar la vida del pueblo. No estaba en posesión de ninguna clave oscura y en ningún momento se aproximó a límites inmundos.

Pero tuvo que decir su nombre, e incluso deletrearlo como si fuera un desconocido, un don nadie que antes que nada debía explicitar al lugar que ocupaba dentro del lenguaje. Sus datos personales fueron anotados como perjurios, los labios del escriba se retorcieron con tendencias irónicas, y con recurrencia los pronunciaba lentamente, empleando una frívola fricción. Su nombre pasó a tener un insincero origen que de ninguna manera lo conectaba con aquel capitán de las falanges populares, cuyas epopeyas habían sido incluidas en los libros de historia.

Quirán aún creía ser aquel luchador empecinado que clavaba atentas miradas al peligro, pero la negación de su pasado ya había sido decidida por aquellos que diariamente construían a los tópicos y mitos, y que se sentían algo contrariados por tenerlo enfrente después de su pugna con la excluyente lectura que había que hacer de la realidad.

Carlos Quirán había entretenido la ilusión que sería tratado con especial diligencia, pero encontró que lo hacían con suma frialdad, luego de advertirle con disertaciones muy parecidas a rabetas, que muchas de sus notas biográficas hasta entonces habían sido desconocidas.

Dolido, arguyó que ante todo tuvo lealtad, aunque alguna vez puso en su voz a pequeñas dosis de cinismo porque no aguantó más tragar amargas

contenciones (a eso no había que darle interpretaciones políticas, ya que se trató de una cuestión emocional más que un hecho por el que debía asumir un antipático grado de culpa).

Él era un hombre de la Revolución que no tenía por qué soportar sospechas dentro de un clima paranoico. Había luchado por esta y se sentía inseparable de sus objetivos; es más: lo tenían que distinguir como un revolucionario (además de la valía que se le asigna al común de los hombres).

Condescendentemente, le dijeron que su actuación sería analizada según las memoriosas retenciones que los congregados habían hecho de las clásicas enseñanzas del Comandante (acceder a que hubiera un debate acerca de esto tan elemental, habría sido semejante a colocar en cada párrafo de su expediente a una carga extorsiva que promovería al desmantelamiento de un sistema dialéctico que nunca tuvo falla, y era en sí mismo una recompensa).

La duración de ese juicio en el que Carlos Quirán comparecía ante la Asamblea, no se basaría en la imprecisión ni en ampulosos frenesíes, sino en lo que había sido reglamentado, por lo que era mejor que no se ilusionase en preservar sus necias usurpaciones, porque no saldría airoso con esa pretensión suya de interrumpir a la afortunada historia del país.

Cada antiguo combatiente de la Revolución había eslabonado sentimientos atroces en ese claustro, con el corazón latiendo a un acelerado ritmo y sin temer que en algún ignominioso instante, le afloraran al exterior expresiones de ingratitud con el régimen, ya que sabían que la sociedad tenía un programa que no sería despilfarrado así por que sí. Era precioso que se tejieran redacciones auténticas, y que, en sus sumas se dedujera la legitimidad de los intereses del pueblo. Como jueces se sentaban ahí para frenar a lo escandaloso, y no para bregar por la solución de inexplicables asuntos menores, o aceptar los axiomas de quienes manejaban sin saberlo a los facciosos lenguajes de rivales ideologías.

Esos legisladores devenidos en árbitros y jueces, celebraban las decisiones de Tiberio Tigras con la tenaz perspicacia de que ellos solos, utilizando a sus simples inteligencias, eran incompetentes para resolver las truculencias de los que querían atascar a la república. Y no era que se negaban virtudes, pero si hacían valer por sí mismos a sus brutos impulsos justicieros, generarían la impresión de no querer llegar a la magistralita del consenso. Sus gestiones se reducían a estudiar cuál era la tradicional estrategia del Comandante y aplicarla en forma triunfal, teniendo presente que la momentánea luz que caía sobre sus cabezas, los iluminaba... pero también les creaba sombras que se veían deformes.

No tenían por qué entrar en ríspidas redundancias, ni recrear miedos irreales, ni alejarse del ámbito de la probabilidad. Bien sabían que sus

ascendencias y liderazgos dependían de la energía humanitario desplegada por Tigras, por lo que, junto a él, se enfrentaban a los horrores de la contrarrevolución, y a los que hacían ingenuas referencias de un idealizado mundo del que creían que el país debería insertarse. No considerar en esa hora a los dictados de ese hombre, era pretender borrar las fronteras que trazaba el mar al arribar a las orillas.

Las malversaciones morales de Quirán, habían sido contadas por uno que, hambreado por la falta de decisiones, sugirió que éste nunca anduvo por calles en donde se vendían panes genéricos. Arrastró su voz al decir que a cada uno había que darle la recompensa que merecía, sobre todo a aquellos que trajinaban por sitios donde no se escuchaban los triunfales slogans, y a las excelsas doctrinas se las mutilaba con un tratamiento de desprecio

El denunciante solía meterse por los reconocidos terraplenes donde se auspicia el desenfrenado culto a la riqueza como el medio para obtener un anestesiado estilo de vida; era un individuo más dentro de la comunidad organizada que reputaba las cosas con exactitud, y no recitaba frondosas acusaciones porque se le daba las ganas, sino que estaba animado por su impenitente sed justiciera.

Había visto a Carlos Quirán merodeando en sectores pomposos de la ciudad donde se apreciaba la presencia de turistas poco transparentes (entre los que, con seguridad, se camuflaban insidiosos agentes del imperialismo). Se hacía el distraído, pero se advertía en sus gestos una petulante insatisfacción que se acrecentaba cuando ingresaba a las notorias bodegas de ese universo representativo de intereses foráneos. Según la modestia de ese testigo, Quirán quería destruir la firme fundación revolucionaria del pueblo al inventar que había grietas en su estructura. Se había atrevido a quitarle certezas a la revolución a través de la denostación de sus elementos constitutivos (con una estrecha vinculación a la mugrosa idiosincrasia del renegado). Desde su oculta elocuencia, esa fuente elaboró un tormentoso foco en crucificarlo, señalando que se trataba del "miembro más destacado de la contrarrevolución, cuyo triunfo representaría el fin de las altas cumbres a las que el pueblo en armas había arribado, después de tantos años de sacrificios".

Eso fue leído a la Sala como una aguda irrupción verbal que dio la impresión de romper al cielo raso, y originó a inscripciones que colmaron un papel que después fue sacudido y sostenido en alto, frente a los reflejos funestos que relumbraron en las lentes de los legisladores.

Hubo razonables enfoques (que uno a uno fueron rechazados con maldispuestas coherencias) que pedían que aquel que se sentaba en el banquillo de los acusados fuera objeto de menosprecios, y blanco de las peores humoradas. Porque prácticamente estaba demostrado que Carlos

Quirán había armado a un preciso plan de destruir al macizo ideario al que se había comprometido la inocente nación. El impulso de sus actividades tenía como objetivo el echar abajo lo que se había hecho... resultaba que volver a sustanciar el sufrimiento de sus hermanos le causaba una fascinación depravada.

Habían sido anexados algunos de sus parlamentos con los que había demostrado sus irrestrictos esfuerzos en variar a lo que debía sostenerse inalterable. Además, recitó que lo bello que a flor de piel se veía, era mentiroso, y que la sabiduría con que el pueblo había recibido auxilio fue, ni más ni menos, una crueldad enorme.

Por supuesto que la función hierática de ese tribunal era establecer un acomodamiento entre esos absurdos contenidos y una sentencia, y no le quedaba mucho por hacer más que pasar a la acción. Pero antes decretaron un escueto interludio para rumiar acerca del alcance de las penosas desviaciones que había hecho el procesado.

Ese escrito, base de esa disquisición judicial, había sido redactado como un anónimo, y citaba las sugerencias críticas de Toribio Tigras, amén de las abrasadoras acusaciones que serían dirimidas teniendo como trampolín a sus temibles máximas. Al minuto, los jueces previeron que fue el mismísimo pueblo el que había hablado con esos cortantes vocablos, cuyas letras encerraban a lo horrendo que a veces guardan las calles.

Tigras había estado muy alerta acerca de lo que decían de Quirán, y también Arturo Hoyuela, fiscal de patriótico servilismo que descomponía oralmente al mundo para que encajara con las tramitaciones burocráticas del Partido. A todo lo replanteaba difusamente con la idea de volver con el añadido de algún que otro fingido sarcasmo, al fidedigno punto de partida.

Hoyuela daba vitales pistas en la comprensión de los nefandos hechos, o directamente les clavaba clasistas evaluaciones. Como fiscal no sólo era el portavoz del gobierno, sino aquel que regulaba los tenores de las publicaciones oficiales ante las cuales se debía cerrar la boca. Y le bastaba con visualizar los frecuentados cursos políticos para alcanzar las respuestas correctas; la fuerte comunión entre el pueblo y el Partido, poseía la implícita propiedad de desvanecer con una intensidad alucinante a cualquier engorrosa traba.

Los modelos de Hoyuela tenían como sustento a las anticipadas elecciones de Tiberio Tigras, de acuerdo a la noción de que éste, a toda hora, propagaba en forma inflexible y jovial, las reflexiones que se aplicaban puntualmente sin agregarle correcciones imbéciles, ni parlanchinas digresiones.

Hoyuela disfrutaba el aparentar tomar decisiones cuando con aritmética probidad obedecía al rumbo que había sido instado por el Comandante o un comité dentro de la elite, ya que el rigor era mucho más necesario que cualquier candorosa creatividad, y los hombres nacían, envejecían, y morían, mientras los grandes dogmas permanecían vivos.

Arturo Hoyuela recogía los informes y documentos del Partido, después de estilizarlos durante un gran clímax en el que se dirigía a clamorosas audiencias que lo tenían como un funcionario esencial. Presentaba a sus extraordinarios emprendimientos (que se presuponían), y posteriormente esas oratorias eran publicadas en los diarios y hasta en obras literarias que aferraban a sus nuevas ediciones con ese ornamento.

Décadas atrás y con apretados puños, había redactado al borrador de la Constitución, y eso era retenido en la memoria de cada leal camarada. A lo largo de su vida había cosechado una bien ganada admiración por ser el artero y renombrado guardián de la ortodoxia.

Durante la consecución de sus afanes, había hecho descarnadas referencias a su cuñado Aparicio Moneda, con la intención de que este se excluyera de las inútiles contemplaciones propaladas por Quirán. Le pidió que se mantuviera dentro de la línea oficial del régimen que era enseñada como la única idónea en infundir una estatura moral al hombre. Se habían regurgitado cartas, informes, e insinuaciones, que señalaban que había algo discordante en los movimientos de ese refractario.

Moneda debía tener cuidado en no participar con ligereza en los armados de Quirán; tenía que hacerse fuertemente afín a Tigras en esos impredecibles momentos en que éste había demandado a la gente un esfuerzo superior, con la mira puesta en que la sociedad se conecte al fin con los estudiados planes del gobierno. Un buen hombre se proporcionaba con los demás, y cedía el papel de regirlo al esclarecido líder. Y el proyecto era renovar al espíritu revolucionario, enriquecerlo dando repetitiva vida en la memoria a los ingentes logros conseguidos.

Había que remitirse a las consanguíneas frases que Tiberio Tigras había vertido sobre el pueblo que era el pasivo recipiente que llenaba a voluntad. Porque el Comandante era la viva encarnación de la Revolución en la que la multitud había envuelto a sus banderas, y quien aseveró que la época del idilio había cesado, y se debía dejar de soñar con el cántaro de oro detrás del arcoíris, y adquirir los ascendientes ritmos de los que trabajan duro. Pronto se articularía un proceso de desarrollo basado en los sempiternos principios marxistas, y se conservaría lo conquistado sin permitir que alguien metiera sospechosamente a su mano en el bolsillo.

Aparicio Moneda se apartó a tiempo de Carlos Quirán, puesto que rechazó frontalmente a sus "vergonzosos atropellos, pululaciones de mentiras, y falsificaciones", antes de que los inevitables cursos de la patria lo

empujaran a una encrucijada miserable. Los edictos habían decretado que se tuviera esperanza a pesar de las aparentes calamidades, y eso era lo que convenía hacer.

Hoyuela intensificó su tesis de que la crisis se debía a que las infundadas concatenaciones de murmullos se engranaban hasta lo inimaginable. Estas tenían sus cultores, por lo que sembró raudales de dudas sobre quienes amaban las comodidades burguesas. A esos, los mostró como la contracara de los necesarios mártires de la Revolución. Había asumido al furibundo papel de crear conciencia, y aunar a las masas en propósitos loables; se aprendiera de una buena vez que la luz del azul cielo se volvía oscuridad si no se prendían las lamparitas eléctricas que estaban abroqueladas al hierro.

El pueblo debía reconocer a los libertadores emblemas que nunca habían sido retocados durante las victoriosas campañas efectuados con el único interés de que la dicha se generalice. El pragmatismo rezumado por Tigras y el fiscal Hoyuela, encarrilaba a incontables corrientes de hombres que por sí solos no encontrarían la dirección. Y debido a que la ecuación revolucionaria exigía virtuosos y mezquinos, estos últimos tenían que ser expuestos exhaustivamente frente a sus contrarios ideológicos: No era necesario hacer investigaciones adicionales sobre el tema, bastaba con asociar a los burgueses que se detectaban con incontrastables castigos, a sabiendas que eso serviría como un proverbial aviso a que aquellos que prescindían de profesar a los dogmas intocables.

Sin hesitar, Arturo Hoyuela citó a la Primera Ley cuando afirmó que la insolencia de Carlos Quirán ya no tenía retorno. Ese hombre petulante desconoció al carácter indestructible del pueblo, que se expresaba a través de las indiscutibles reacciones del Comandante. Su insondable sedición había sido coronada con pruebas, por lo que no existía división entre los jueces (estas no entraron en los documentos oficiales, ya que así se alertarían a otros que andaban a tientas por esos empantanados y tortuosos caminos).

El fiscal Hoyuela se explayó con energía frente a los que asentían con firmes silencios en tribunas abarrotadas con rabias imperturbables. Estaban frente a un caso, no menor, de alguien que había abusado de la paz y los felices hábitos que dio la Revolución a quienes preconizaba como hermanos. Quirán ansiaba el crecimiento de una innoble conspiración, a la que le había puesto cuatro patas para que hiciera un breve y fatídico recorrido... que lo llevó a caer en la tendida trampa. El tribunal había conocido a sus enmascaradas actividades desde el minuto cero, luego envió a las fuerzas policiales que lo sacaran de su morada en donde, sin lugar a dudas, estaría alabando a estéticas fascistas.

La prioritaria premisa de Arturo Hoyuela consistía en reprender con azorados gritos a los locos que se oponían a la unión de los obreros y

campesinos, y circulaban por sombrías casonas asumiendo el rol de tratadistas de la desorganización. Y Quirán diseñó un escabroso prestigio por su empeño de desestabilizar a la naturaleza honrada del régimen. En él se enraizó una peligrosa ausencia de evaluación de lo inmensamente bueno que había construido el Comandante Tigras (al decir esto, el rostro de Hoyuela transparentó que eso le producía un lúcido asco). En él se habían instalado los avarientos esquemas del burgués cuya naturaleza se anclaba en ilusiones que nacían marchitas.

Ese hombre había entrado en flagrante contradicción con el héroe que se suponía que había sido. Y eso quedó constatado en las actas y los otros documentos que fueron compilados durante las sesiones indagatorias.

Cada cauteloso acto del Partido se hacía con la disposición a velar por la integridad del "Pueblo", por lo que operaba con la diligente y justa puntuación de que la vida o muerte de un hombre no contaminase al conjunto. Si una persona se singularizaba demasiado, se ponía en contra de la excelcitud de la mayoría, y como Carlos Quirán había tenido el tupe de rechazar la inmutabilidad del pensamiento marxista-leninista, también negó a las nobles potencialidades que se palparon desde el principio de la revolución.

En sus intervenciones postuló mentirosas y aguachentas creencias, a las que les asignó una solidez intolerable, sin entender que se había ubicado en el lado tenebroso del dualismo que divide a la humanidad. Porque vivía en una sociedad en donde no había explotados, y el más desafortunado se convertía de la noche a la mañana en el prototipo del héroe. Quirán se extravió de la sencillez al hacer comparaciones malintencionadas.

Esa arenga, que hizo sin pedantería y a pesar de los vaivenes originados por una flemosa tos, le creó al fiscal Hoyuela un asentimiento que se convirtió en aplausos cuando se leyeron los confirmatorios comentarios del omnipresente Comandante. Este denunció a Carlos Quirán como el típico burgués fracasado y un insaciable cobarde. El gran líder se paró con la noble razón de protestar por la atrevida publicidad que habían obtenido las confusiones de ese gusano, y sacó pecho al retratar sin remilgos a esa situación cuyos signos le parecieron que más que negativos, eran horripilantes.

Y una vez más, ofreció con su explosiva potencia a la equidad que lo hacía sobresalir sobre cualquier fluctuante hombre. Dentro del odio que le tenía, el Comandante evidenció su amor por el uso de palabras tórridas.

Luego, hizo fluir algunos recuerdos de la selva que no formaron parte de dispersiones caóticas de alguien ya mayor, sino que eran anécdotas que respaldaban con sus envergaduras a las bravas reflexiones del fiscal.

Quirán era un cobarde a nivel físico y mental, y ya en algunos tempranos episodios de la guerra le había sido reconocida esa mancillada impronta.

Por otra parte, el Comandante adujo temer que alguien no soportase a la barbarie que simbolizaba ese pestilente antagonista, y le arrojara una piedra que lo destruiría antes de su ajusticiamiento. Eso, a fin de cuentas, sería algo distanciado del alma racional de la Revolución. Los plazos debían cumplirse como marcaba la legislación, y ningún simple espectador tenía superioridad sobre ésta al arrogarse el derecho de hacer justicia por mano propia.

Con su carisma de hierro, Tiberio Tigras pugnó por la salud de las instituciones revolucionarias, y convocó a la gente a respetar a los marcos legales preestablecidos, ya que, si bien era comprensible la dificultad en mantener a un sereno estado introspectivo, existía la obligación moral de no desenvolverse de manera arrebatada. El público esperaba al dictamen del Tribunal con mansedumbre.

Felipe Pizarro fue otro que oreó su podredumbre al reír y responder a un oculto espía, que Tigras era un tirano voraz y que descontaba que Carlos Quirán sería un jefe digno.

Había revelado los terroríficos ingredientes con los que encabezarían una sustracción del mando, después de enterrar a su cautela gracias al regalo que se le había hecho de una botella de coñac. Al beber y hablar con nudos en la garganta, se ató a arcanos mares cuyos muelles habían sido abandonados.

Pizarro destacó lo repugnante que agobiaba a su mente, cuando detalló el esquema en el que quería vivir y pertenecía a una orden mitológica. No se le había dado más que una gentil invitación a hacerse oír con el fin de que su locuacidad le fuera catastrófica; sin dudas, la estupidez es la fama más duradera que conquista al hombre que no sabe cómo trasponerse correctamente con los días.

Pizarro fue capturado y encarcelado. Por un tiempo se le aplicó la consigna de que la cárcel era el contexto apropiado para estudiar al sujeto disconforme, la tangible protección del Sistema, y el receloso intento de transformar a los gusanos en gente. Ahí nadie se llenaba de vanaglorias ni creía tener alguna superioridad. A los enemigos de la Revolución había que eliminarle los términos humanitarios, porque en caso contrario prosperarían hasta tornarse en monstruos capaces de socavar las culminantes obras que Tigras había hecho a favor de la población que otrora había sido analfabeta.

Frente a lo inventariado en un alto número de carpetas, a cuyas nomenclaturas fueron agregadas notas manuscritas, y partiendo de las enumeraciones que el fiscal Arturo Hoyuela repartió en un abrir y cerrar

de ojos, poco quedaron de las espurias ambiciones de Quirán y sus coligados.

Estos sufrieron rechazos verbales, que se iniciaron con sacudidas de cabezas hechas con reiterada indignación por los pudorosos miembros de la Asamblea Nacional. Se les hincharon los dobleces de sus papadas, y con los párpados entumecidos hacían incontestables preguntas como si se dirigieran a una pared. En sus ojos, esos procesados eran piltrafas y mal nacidos a los que había que tratar con recelo. Eran los recónditos enemigos de la revolución que se pertrechaban con venenos en apartados bufetes, y oscilaban por acreditadas instituciones mientras se mandaban despreciables mensajes cuyos focos oscilaban entre lo fantasmagórico y complejo. Entre ellos no se reunían con frecuencia y actuaban con incansable astucia.

Los acusados fueron repudiados por oradores populares, miembros rasos del Partido, y personas de diferentes rangos y profesiones, con la escrupulosa mira de que así el proceso no sería afectado por la mera subjetividad de algunas personas muy amadas o respetadas en sus liderazgos, pero falibles al no saber cómo detener a las disruptivas invasiones de pasiones que eran inevitables a su naturaleza humana. Poco a poco, el proceso penal con que se apremiaba ese tribunal, se comprimía a cumplir con el plazo previsto, aunque una señal de Tigras facultó a que fuera presentada otra solución.

En Arturo Hoyuela no persistió en su embeleso de hostigar a Quirán, ni a instarlo a que dijera lo que habría querido hacer a pesar de que ya no podía hacer nada. De un momento a otro le surgió una promesa de reconciliación, de plasmar una correspondencia para terminar con lo secreto. Resolvió poner las cosas un poquito a contraluz, porque entendía que, arrepintiéndose de sus estafas, el hombre recuperaría su antiguo espíritu (esto después de un gesto de Tiberio que lo hizo virar de una actitud autoritaria a la amabilidad).

Quirán ahondaría en sus notables aspectos, en los reconocidos méritos que cosechó antes de entrar en la disidencia, de acuerdo al furor del público que deseaba saber si continuaría visualizándolo como un hijo de la Revolución.

Ese juicio servía a una pluralidad de provechos; su registro denotaría que el pueblo nunca fue (ni será) engañado por vivillos que conservaban alguna ascendencia. Pero eso no fue lo emocional que dijo Hoyuela, cuando teatralizó la tensión que había entre el prominente ideal, y aquellas degradaciones planteadas por los espantadizos.

Ahora, le concedía al acusado un margen en el que podía discrepar con su inmoral rol, y alegar que en su espíritu aún subsistía la chispa que antaño

lo había hecho valioso.

Así fue como se inició la expresa advocación de las autoridades a que Carlos Quirán se identificara con los intereses del Partido, y que aún en su hora más negra fuera de utilidad a la patria. Porque ese hombre había estado en los primeros y principales tiempos, más allá de los errores en los que luego incurrió.

Antes de volver a los mecanismos procesales que propalaba con destreza el juez Raúl Olivares, lo que se percibió a simple vista fue que, durante una de sus numerosas comparecencias y debido al abandono que había hecho de su reputación, Carlos Quirán se refregó la cara para reprimir un sollozo.

El hombre se sumió en la estrepitosa deshonra, pero aspiraba a tener una conexión de un tenor menos dramático con quienes habían sido sus camaradas, y en ese día se investían con furiosas proclamas que contenían no pocos vituperios.

El fiscal Hoyuela le había dicho que esa era su caída, pero tenía la alternativa de convertirse en un modelo que impediría que a otros cometieran yerros similares.

Sólo tenía que indicar cuales fueron las lamentables incongruencias que lo afligieron, a la vez que mantendría viva la llamarada de su pasado revolucionario. Esa era la función que le había tocado en suerte y con la que cincelaría un sentido honorable a ese juicio.

En esa etapa del sumario, Carlos Quirán hizo un meditativo silencio con el objeto de observar cómo las cartas eran distribuidas por los que estaban a cargo de su albur y le soplaban los oídos con fuertes esperanzas.

En consecuencia y dentro de una desesperada maniobra defensiva invocó a sus inicios sin tachas, procurando retacear de la memoria de sus jueces lo que se rumoreaba que fueron sus últimos e perversos actos.

No habló de nada de lo que se dedujera que estaba desconforme ni se cargó con duplicidad, sino de los códigos que el ayer había marcado con sus alabados fuegos.

Habiendo transcurrido la prolongación de las horas de uno de esos etiquetados amaneceres, el hombre recordó cómo habían sido sus travesías por las marañas de selvas (cuyos peligros fueron colosales) junto a Tiberio Tigraz.

Al ostentar la rebeldía con que derrotó a esos infiernos, acrecentó la dureza en sus articulaciones faciales, y cató a la existencia de un hilo racional si nominaba los sitios que la historiografía oficial había

reverenciado como templos en que los dioses con sus despotismos llamaron a la gente a pelear.

Con Tigraz habían sido compañeros de armas que se prestaron incondicionales ayudas.

Solían bosquejarse frente al enemigo casi simultáneamente, a sabiendas que hacían arrancar al futuro al discontinuar con lo gravoso que habían sufrido las generaciones anteriores.

Tiberio fue la cabeza del movimiento, y Quirán se atribuyó ser los pies que transportaron la lucha hasta las montañas.

Estas no se eternizaban, pero eran interminables.

A Carlos Quirán le habían acreditado al éxito de muchas batallas de la Revolución, pero habían pasado muchas aguas por los molinos, y era peor el examen que le hacía el tiempo del que efectuaba su conciencia.

Lo explicó en esta embrionaria forma:

- "El tiempo acusa al hombre de haber arruinado a los ideales de su juventud, cuándo fue éste quien en verdad realizó ese perjuicio al tornarlo en un viejo".

Quirán temblequeó por su animalidad y avaricia, y si bien deploraba lo que había hecho, se reformaría y no negaría jamás los grandes logros revolucionarios, aunque reconoció que ya no tenía a los celos que antes habían sido como un aluvión de aguas salvajes.

Su cansado juicio de valor fue que Tiberio había sido un gran conductor en el combate, y lo siguió siendo en tiempos de paz al haber rescatado a las inocentes del pueblo de los ricos que los habían espoleado para que se enfrentasen entre ellos.

Carlos Quirán se había encogido un poco, pero se compelió a seguirle la corriente a los jueces del Tribunal. Se abrió a los que querían resucitar su leyenda; seguía siendo perspicaz y no estaba tan asolado como para no calcular que no tardaría en aparecer la luna de medianoche, y que luego, en el alba, se escucharían los melodiosos aullidos que dejaban caer los pájaros.

Asumió sus errores y lo hizo con dicha; estos habían tenido la utilidad de exhibir como, al final, las exuberantes ilusiones esparcidas por la propaganda extranjeras eran las tonterías o a lo sumo una fatuidad.

La ley era la ley, y la condena o perdón, constituían las faces que ponderaban si los estatutos legales se consumaban en un corrector

dinamismo. Carlos Quirán vivificaba a inanimados códigos que, si no eran aplicados en alguien, se convertían en libros viejos que acumulaban polvos.

Por lo que, ya repuesto de su irreverente incontinencia en armar ridículos programas, se acomodó lo mejor que pudo a ese bochornoso encuentro con antiguos camaradas que durante los diferentes periodos de su vida lo habían tratado con amabilidad.

Pese cabecear su agotamiento consiguió tonificar algunas frases bastante constructivas.

Volvería a ser aquel "Carlos del Cerro Blanco" quien mágicamente cambiaba monedas de cobre por otras de oro, y en su honor, durante atestadas ceremonias, fueron redactados hermosos versos que popularizaron los cantores.

Se mordió los labios, y con entrecerrados ojos volvió a contemplar al amado ayer en el que habían cabido réplicas atinadas, era socialmente ensalzado, y se lo contaba como un destacado miembro de la encubierta aristocracia que custodiaba los intereses del pueblo.

Entonces (como ahora), creía que de las insurgentes semillas salió una democracia pura.

En sus relatos, Carlos Quirán se convirtió en un añorante; un hombre sensato que comprobaba como se fueron cumpliendo uno a uno los ideales de la Revolución.

El Tribunal lo había alentado a poner negro sobre blanco, a narrar que había pasado por su mente, aunque eso podría ser considerado una ficción o banales especulaciones.

De acuerdo a las actas que se publicaron y bajo hileras de nubes que se estrujaban en un cielo que de un momento a otro explotaría, con deslucidos apogeos en su voz, Quirán dio a conocer lo endeble que fue su pisar sobre versátiles plataformas políticas. Y se arrepentía de su desventurada conjetura de que había errores en la conducción del país. .

Quirán dio esas sinceras lecciones sin pretender que estas se hicieran equivalentes a una amnistía, o a la noticia de que se le otorgaría la generosidad del perdón. Lo hacía con el objeto de incorporar su nombre a los nuevos capítulos de la Revolución de la que alguna vez fue un notable protagonista.

Carlos Quirán contrajo su abdomen y se cuadró dentro de un tenso íterin

concedido por el Alto Tribunal.

Después de que el juez Raúl Olivares exigió silencio, la sentencia alcanzó alta resonancia en su voz y en los gestos de hielo y fuego de los presentes en las gradas.

Esta había sido elaborada sin rasgar a las rutinarias clasificaciones, y no creaba irregularidades en un tiempo que, si la gente concordaba, podía ser anulado o rearmarse según la sabia manipulación que se le hiciera.

Esa lectura acumuló pesadez en los movimientos de Carlos Quirán, Felipe Pizarro, y los demás sobre los que se habían prendido terribles acusaciones.

Durante su disertación en el estrado, el juez Raúl Olivares analizó como si hablase consigo mismo, que las terminales decadencias de pueblos enteros se debieron a la especial propagación de horribles propagandas, y que el aniquilamiento de las ilusiones que los acusados habían tenido en una remisión, no tenía que tomarse como algo sorprendente.

La sentencia era la cruda confirmación de las características trágicas que habían tomado las vidas de esos hombres.

Quirán había pasado de ser uno de los salvadores de la patria a un traidor colosal, y durante el juicio supo interpretar a ese papel sin vacilaciones. Se rebasó con nerviosismos de acuerdo a lo mórbido de su condición.

La sentencia determinó la inevitabilidad de su muerte, pese a que el juez Olivares agregó en pocas líneas a algunas sensibles memorias de los gloriosos años de lucha armada. También indicó que nada ni nadie anularía al progreso de la historia, ya que los avances de los pueblos eran incontenibles, y erigía una vil fantasía aquel que suponía que estos serían desposeídos.

Carlos Quirán se enlazaba a los demás perdidosos que habían quedado en el medio de la tenebrosa predicción de Tiberio Tigras. Este, había considerado que, si la justicia no se hacía efectiva, el país se revolvería en el relativismo moral. Y sostuvo, con una sonrisa deliberadamente amplia, que el finiquitar a los traidores era el límpido reflejo del orden y la madurez de la Revolución.

- "El pueblo se ha alzado, puñal en mano, protegiéndose de quienes alegremente quisieron robar sus privilegios", exclamó con una solemnidad que acentuaba a su hastío. Y en su papel de educador y transmisor de la verdad infalible, el Comandante jamás minaría la fuerza de una decisión de la Justicia.

Ante ese tribunal de condecorados generales, dentro del magno edificio de la Asamblea Nacional, Carlos Quirán declaró sentir una incalculable alegría ya que el sistema jurídico no postergó el escarmiento a su obrar.

No se entibió con dudas cuando enalteció al nombre de Tigras, con la finalidad de que nada cambiase de la Revolución, y proclamó que no era quimérico que pronto se produciría un crecimiento de la economía.

Sus exaltadas convicciones que habían comenzado a las nueve de la mañana y terminaron con la caída de la luz promovida por el advenimiento de la noche, reflejaron su inigualable amor por la patria.

Asimismo, mirando a la grácil luna a través de las cuadrículas de una ventana, volvió a hacer una brillante síntesis de los valores que Tiberio Tigras había hecho florecer durante la guerra sin cuartel contra el Imperialismo.

-“Los gringos con sus infinitas codicias no se metieron dentro de los cañaverales gracias a ese comandante corajudo que razonó bien en dónde ubicarse para no permitirles el paso”, expresó.

Mirando a su reloj de oro y gélido cristal, fue el mismísimo Comandante Tigras quien hizo la cuenta regresiva del fusilamiento, cuando afuera esporádicas penetraciones de enérgicos vientos anticipaban la furia de una tormenta tropical.

Tigras no se hubiera mosqueado ante tartamudeadas suplicas, ni había hecho imbecilidades como las de perdonar, porque prefería ser cerebral a cándido.

Al fin, durante los póstumos empeños de un sol anochecido, junto a Pizarro y los otros, Carlos Quirán marchó hacia su suerte no muy lejos de donde desembocaba un río y se alzaba un impetuoso cerro.

Y a pesar de que ya había dicho todo lo que había querido decir, juzgó que no debía distenderse con omisiones en ese momento, y con la emisión de algunos carraspeos corrigió a su voz, pretendiendo que esta saliera de su garganta con el más vigoroso registro.

Así, invitó a los soldados a que lo ultimaran sin vacilaciones.

Antes de que las balas lo desplomaran, con el índice y el pulgar hizo un imperfecto redondel con el que felicitó al pelotón por su excelente performance.

Con semejante animación y valentía al morir, Carlos Quirán demostró que, pese a sus perturbados e indecentes deslices, había sido un auténtico hijo

de la Revolución.

Fin (5-11-2018)